

LA PASIÓN DE CRISTO O EL CALVARIO DE UN CUERPO MORTIFICADO

El film de Mel Gibson, "La pasión de Cristo", ha dejado claramente conmovida a la opinión pública en todos aquellos aspectos a los que la pasión convoca, el dolor, la ira, la controversia, la crueldad y la piedad, por nombrar algunas de las distintas emociones con las cuales nos vincula la pasión humana. En general, decimos que la pasión nos enceguece, es decir, no nos deja ver o vela la mirada por la intensidad de la emoción. En este caso, para muchos el velo de las lágrimas de la piedad, a la que los cristianos nos convoca la pasión del Cristo de nuestra religión, no nos ha permitido velar la pasión del cuerpo.

En este film el cuerpo es el personaje, es un intento de mostrar la pasión de la carne sin velamientos por sobre la pasión del alma. Ello nos aterra, nos horroriza, porque trae al escenario de la pasión aquello de lo que no queríamos saber demasiado. Pero ello retorna e insiste en las escenas de un Cristo demasiado humano, un Cristo de cuerpo entero.

Nos olvidamos demasiado frecuentemente de la pasión del cuerpo, de su dolor y padecimientos, de sus flaquezas, de sus desgarros y por sobre todo de su mortalidad. Olvidamos que al alma inmortal se le opone un cuerpo que alude a lo real de la muerte.

El hombre no quiere saber de la pasión de la muerte, sólo espera el júbilo de la resurrección. Al hombre la muerte lo confunde, lo asusta e intenta vivir como si la muerte no existiera. Esta pasión con la que el film nos cautiva la mirada y que yo llamaría "**pasión por el cuerpo**", nos remite a ese real de la muerte, a su espanto, a su soledad y a su profundo desamparo. El universal de la muerte en el cuerpo se instala en el desgarramiento de lo que se mira y se da a mirar, en esta pasión de un Cristo, para algunos demasiado humano. Se instala el cuerpo en la pupila, se da a ver en esa doble vertiente de lo familiar y lo ominoso. De allí que el goce y el horror oscilan ambos como actores de una misma escena. ¿Porque horrorizarse de lo que Cristo hombre le muestra al hombre?. Probablemente porque en vano el hombre intenta ocultar el horror de sí mismo. Porque la pantalla nos sostiene un espejo donde nos reconocemos en ese horror.

Resultan banales y por momentos paranoides las acusaciones de antisemitismo, de impudicia, de perversión de la mirada, de asco o de desvergüenza con las cuales en vano buscan algunos críticos y espectadores, eludir el punto de fuga de una mirada descarnada hacia la pasión del cuerpo mortificado de Cristo. Al parecer les recuerda demasiado crudamente que Cristo muere producto del maltrato, de la barbarie, de la venganza, de la cobardía, de la impiedad de los que se omitieron y víctima de la crueldad de los que se omitieron demasiado poco. Al término del film el cuerpo de Cristo queda expuesto en la cruz a la mirada, de cuerpo entero. Nos conmina así a mirar su cuerpo lacerado, que maltratado en lo real de la carne, reúne la crueldad de los verdugos y la piedad de las víctimas en un nudo aterrador que remite a lo esencial del hombre.

Los espectadores se identifican alternadamente con Pilatos, con el Sanedrín, por momentos con el Cirineo, con los cobardes anónimos, con los silentes, con los sádicos, con los voyeres, con los que miran y con los que apartan la mirada, con los ángeles y demonios que conviven en nosotros los hombres; tan adentrados en nuestra propia carne que al no mirarlos, a veces, ilusionamos poder librarnos de verlos. Nunca se había visto ilusión tan ciega. La de no querer ver lo ya visto.